

El tiempo y la huella de Larra  
(1809-1837)

FELICIANO PÁEZ-CAMINO

Subvencionado por:



*Madrid, 2009*

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-21960--2009

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

# EL TIEMPO Y LA HUELLA DE LARRA (1809-1837)

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE  
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 16 DE MARZO DE 2009)

Larra nació hace doscientos años y, a pesar de la brevedad de su vida, construyó una obra periodística de solidez literaria que, por ser un testimonio vivaz de su tiempo y contener, a la vez, ideas cargadas de futuro, ha sido leída con deleite y provecho por sucesivas generaciones hasta nuestros días. Tras trazar un perfil biográfico del personaje, intentaremos acercarnos a sus ideas políticas y sociales, a ciertos rasgos de su marcada personalidad y a su persistente huella en la España contemporánea, de cuyo nacimiento fue él un testigo lúcido y apasionado.

## **Perfil biográfico de Larra**

Nació Mariano José de Larra en Madrid, el 24 de marzo de 1809. Su familia vivía en la calle de Segovia, en un edificio, hoy desaparecido, destinado a empleados de la antigua Real Casa de la Moneda. Fue hijo único de Mariano Antonio José de Larra y Langelot, médico que, a la sazón, prestaba servicios en el ejército francés y en la corte de José I, y de su segunda esposa Dolores Sánchez de Castro. La condición de *afrancesado* del doctor Larra obligó a la familia a emigrar a Francia, en junio de 1813. Mariano José, que tenía entonces cuatro años, permaneció interno durante siete meses en un colegio de Burdeos, hasta que fue llevado por su padre a París, donde se estableció, tras la derrota de Napoleón, como médico particular.

Tras cinco años de exilio, la familia pudo regresar a Madrid en mayo de 1818, acogida al favor especial del infante Francisco de Paula (quien en el futuro sería tío y suegro de Isabel II), que estaba agradecido a los cuidados médicos recibidos de Larra padre; por esas fechas tradujo éste al español el *Tratado de los venenos* de su amigo el médico menorquín (luego nacionalizado francés) Mateo Orfila. Habiendo vivido en Francia entre los cuatro y los nueve años, Mariano José hubo de integrarse, de regreso

a su patria, en un ambiente escolar caracterizado seguramente por la reacción fernandina y la francofobia. Tras cuatro años interno en las Escuelas Pías de San Antonio Abad de Madrid, se trasladó unos meses de 1822 a Corella (Navarra) y regresó a Madrid para estudiar, ya en los inicios de la década absolutista, en el restablecido Colegio Imperial de los jesuitas (que, tras la expulsión de éstos, se había convertido en los Reales Estudios de San Isidro), así como en la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Inició luego Larra estudios universitarios en Valladolid en 1824; y en el verano del año siguiente, cuando tenía 16 años, pasó las vacaciones escolares en Aranda de Duero, donde estaba ejerciendo su padre. Allí ocurrió, al parecer, un episodio (narrado por Carmen de Burgos en 1919 y repetido desde entonces en las referencias biográficas sobre Larra) que debió de resultarle impactante: se enamoró de una mujer mayor que él y descubrió, al cabo, que ésta era amante de su padre, del doctor Larra. No es seguro que, como afirman algunas biografías, Larra se trasladara entonces a Valencia para iniciar unos estudios de Medicina pronto abandonados; más bien parece que se inscribió de nuevo en el Colegio Imperial en el curso 1825-26, iniciando en Madrid, alejado de su familia, un proceso que lo llevaría a una pronta independencia.

En 1826, un Larra de 17 años andaba ya frecuentando tertulias madrileñas y dando muestras de precocidad literaria, sobre todo en verso. Al año siguiente fue publicada por primera vez una obra suya: *Oda a la exposición de la industria española del año 1827*. En marzo de ese año, ingresó, seguramente por razones de apremio económico, en el cuerpo fernandino de los “Voluntarios Realistas”, que abandonó pronto.

El 26 de febrero de 1828, cuando Larra no había cumplido aún los 19 años, se puso a la venta el primer periódico escrito, íntegramente, por él: *El Duende Satírico del Día*, del que publicó cinco números, hasta el final de ese año. En esos primeros artículos mostró ya agudeza, madurez intelectual y buena pluma; y también cierta afición por el uso de fuentes francesas. En el titulado “El café”, que suele figurar el primero en las antologías de artículos de Larra, un personaje afirma un principio muy caro al autor: “Amo demasiado a mi patria para ver con indiferencia el estado de atraso en que se halla”.

El 13 de agosto de 1829 Larra se casó, en contra del deseo de las familias de ambos, con Josefa Wetoret, y es corriente poner en relación ese temprano matrimonio con el artículo “El casarse pronto y mal” que escribiría tres años después. Con Pepita tuvo Larra tres hijos: Luis Mariano, nacido en 1830, que sería escritor prolífico (su obra más célebre es el libreto del *Barberillo de Lavapiés*, con música de Barbieri); Adela, nacida en 1832, que al parecer llegó a tener algo más que una amistad con el rey Amadeo I; y Dolores – a quien se antepuso el nombre de Baldomera en la confirmación-, nacida en 1834, que Larra se resistió a asumir como hija suya, y que, andando el tiempo, sería protagonista de un sonado escándalo financiero.

El 29 de abril de 1831 nuestro autor estrenó en el madrileño teatro de la Cruz su comedia moratiniana *No más mostrador*, inicio de una relación bastante asidua –sobre todo como comentarista de obras ajenas– con el teatro. En agosto de 1832 apareció el primer número de *El Pobrecito Hablador* (14 entregas hasta marzo de 1833), cuya redacción combinó, desde noviembre de 1832, con colaboraciones en *La Revista Española*. Aquí ejerció sobre todo como crítico teatral y empezó a utilizar, en enero de 1833, el seudónimo *Fígaro*, el más popular de los varios que empleó.

En los tres últimos años del reinado de Fernando VII, *Fígaro*, desplegando su genio satírico, fue adoptando posiciones liberales, a la vez que procuraba sortear, con ingenio e ironía, la censura del régimen fernandino. Muerto el monarca (el 29 de septiembre de 1833) y abierta con claridad una etapa de transición en la vida política española, los artículos de Larra se hicieron más directamente políticos, con una temprana y rotunda hostilidad al carlismo, en tanto que su apoyo inicial al liberalismo moderado del Estatuto Real se iba tornando en crítica a éste desde planteamientos progresistas. En ese tiempo escribió su novela histórica *El doncel de don Enrique el Doliente* (publicada entre enero y marzo de 1834); y, con el mismo tema, el drama histórico de enfoque romántico *Macías*, estrenado (algo tardíamente por mor de la censura), en septiembre de 1834. Por esas fechas se separó de su esposa, que había descubierto la relación que Larra mantenía, probablemente desde 1831, con Dolores Armijo, la cual era, a su vez, esposa del oficial de caballería José María Cambronero, con el que se había casado –tal vez también “pronto y mal”- a los 18 años.

El de 1835 fue un año decisivo en la vida de Larra: el de la consagración de su éxito periodístico, el de su crisis personal en relación con el alejamiento de Dolores Armijo, y el de un viaje que lo llevó de nuevo al París de su infancia. Muestra de su logro literario fue, en efecto, la publicación de tres tomos de *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*. En abril emprendió un viaje que lo llevó primero, en compañía de su amigo José Negrete, conde de Campo-Alange, a la provincia de Badajoz, donde se encontraba Dolores Armijo. Luego marchó a Lisboa y desde allí, a Londres. La actividad febril de esta ciudad lo fascinó y, llegado ya el verano, marchó a París, viajó después a Bruselas y regresó a la capital de Francia. Además de procurar el cobro de una deuda que con el padre de Larra había contraído el barón de Saint-Marz, nuestro escritor mantuvo relación con varios personajes de la vida cultural francesa y aceptó algunos compromisos de publicación en lengua francesa. “El francés fue mi primera lengua, y estaba *rouillé* [oxidado], sólo como los goznes de una puerta: el uso me vuelve a poner corriente”, escribía desde París a su editor, Manuel Delgado, el 20 de agosto 1835.

Mientras tanto, en España se había producido, en junio, la subida al Gobierno del liberal conde de Toreno, seguida, en septiembre, por la de Juan Álvarez Mendizábal, con cuyas posiciones progresistas se identificaba Larra en ese momento. A final de año, pasando por Burdeos, regresó Larra a Madrid y, en enero de 1836, empezó a colaborar, muy bien remunerado, en un nuevo diario, *El Español*, que dirigía el emprendedor

periodista malagueño Andrés Borrego. Pero pronto se produjo la primera de las malas noticias que fueron agobiando a Larra en ese año: la muerte, combatiendo contra los carlistas sitiadores de Bilbao, de su amigo el conde de Campo-Alange. Descontento con la actuación de Mendizábal, Larra lo hizo objeto de fuertes críticas desde posiciones más progresistas o radicales -en línea con las expresadas por Espronceda- que quedaron plasmadas en folletos como los titulados *Buenas noches* y *Dios nos asista*, publicados al margen del diario en el que colaboraba. Pero cuando cayó Mendizábal y fue sustituido, el 15 de mayo de 1836, por el más moderado Istúriz, Larra, siguiendo el ejemplo de Alcalá-Galiano y del duque de Rivas, apoyó al nuevo jefe de gobierno y aceptó incluso convertirse en diputado, en el Estamento de Procuradores, por Ávila, donde a la sazón vivía, con sus tíos, Dolores Armijo.

Larra fue efectivamente elegido en la segunda votación de aquellas elecciones habidas en julio de 1835. El hecho de que recibiera 477 votos, la mayoría absoluta de los expresados en la circunscripción, da la medida del carácter estrechamente censitario del sufragio. Si el haberse avenido a participar de aquel modo en un régimen político aún regido por el Estatuto Real resultaba de dudosa coherencia, la posición de Larra quedó todavía más desairada cuando las elecciones fueron anuladas a causa del movimiento revolucionario que, desde Andalucía, se fue extendiendo por España y culminó, el 12 de agosto, con la *sargentada* de La Granja, que forzó el restablecimiento de la Constitución de 1812 y la subida al poder del progresista Calatrava.

Sin escaño e ideológicamente descolocado, *Figaro* se sumió entonces en el silencio sobre temas políticos, o los abordó desde el hastío, como en su célebre artículo “El día de difuntos de 1836”. En la tarde del 13 de febrero de 1837, después de un intento fallido de reconciliación con Dolores Armijo (que había decidido regresar con su marido, trasladándose a Manila, donde éste se hallaba destinado), Larra se disparó un pistoletazo; su hija Adela, de cuatro años, encontró el cadáver que, tras alguna resistencia clerical por tratarse de un suicida, fue enterrado en duelo multitudinario el día 15.

## Originalidad y huellas de su obra

La vida de Larra fue corta; sin embargo, su obra es, además de polifacética, bastante extensa. En ella destacan, por su calidad y su contenido, los artículos de costumbres, un género ya practicado coetáneamente por Mesonero Romanos y Estébanez Calderón, pero al que Larra insufló su ironía, su visión crítica y su intención reformadora. Sus artículos pueden ser considerados también como breves relatos literarios o pequeños ensayos, a la vez que incorporan diálogos que los acercan al sainete o al entremés.

Una manifestación de la viveza de sus textos es que contienen fragmentos que se han convertido en citas célebres: una especie de patrimonio colectivo. Pensemos en el “Vuelva usted mañana”, frase que obviamente no es invento suyo, pero que él con-

virtió en símbolo de la abulia administrativa desde que, el 14 de enero de 1833 –todavía bajo Fernando VII–, la puso por título de un artículo en *El Pobrecito Hablador*. Recordemos también su conocida reivindicación multifacética de la libertad en su artículo “Literatura” (*El Español*, 18 de enero de 1836), citada en tantas ocasiones: “Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos...”

Evoquemos otra célebre frase de Larra, que últimamente no citamos mucho porque es tan resbaladiza como contundente: “Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo”. No es una afirmación que nuestro autor deje escapar como sin darse cuenta, sino que la coloca, formando ella sola un párrafo, entre dos puntos y aparte. Figura en el artículo titulado “Dios nos asista” (publicado en *El Español* el 3 de abril de 1836), dedicado a comentar episodios de la guerra contra los carlistas y de los ataques a frailes. O también, su lapidaria “Aquí yace media España; murió de la otra media”, que aparece en “El día de difuntos de 1836” (*El Español*, 2 de noviembre de 1836), enunciando una dialéctica de las dos Españas que encontrará ecos y ampliaciones posteriores, de Machado entre otros.

Poco después, el 25 de noviembre de 1836, acuñó, en su artículo “Horas de invierno”, el célebre lamento “Escribir en Madrid es llorar”. Llevemos la desolada cita hasta el final: “...es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí?”. Cien años después, en un dolorido poema dedicado “A Larra, con unas violetas”, Luis Cernuda corrigió: “Escribir en España no es llorar, es morir”. Era 1937, centenario de la muerte de Larra, y Lorca había sido asesinado unos meses antes.

En su ya clásica *Historia de la literatura española*, Juan Luis Alborg escribió, a propósito de Larra: “es el valor más permanente, más vivo y más actual de todo el romanticismo español. Su sostenida actitud de inconformismo y rebeldía será siempre una lección, cualesquiera sean las circunstancias en que se acuda a su magisterio, y son numerosísimas las páginas de sus escritos que no han perdido un solo átomo de vigencia” (Alborg, IV, 186). Vamos a intentar glosar la verdad esencial de esta afirmación presentando un acercamiento a la relación de nuestro personaje con su tiempo, y en cierto modo también con el nuestro, espigando algunos de los elementos que nos parecen más vigentes o más estimulantes de los textos del propio Larra, aunque conviene saber que nada sustituye a la lectura completa de muchos de sus artículos. Por decirlo en palabras de José Bergamín, escritas en 1937: “Tratemos, pues, de estrechar el cerco a su pensamiento, y, aun respetando el antifaz de su ironía, de escuchar, silenciosamente, su propia voz”.

### ***Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre***

Cuando, desde nuestro tiempo, leemos a Larra hablándonos del suyo, tenemos a menudo la sensación de que sus palabras conservan algo de vibrante actualidad. Permítase, a quien esto expone, una breve referencia personal. La primera vez que leí completa una selección de artículos de Fíguro fue en una edición (de Alianza Editorial, 1969) titulada *En este país y otros artículos*. Mi lectura debió de tener lugar en los tensos primeros años setenta y todavía conservo el ejemplar donde, con entusiasmo juvenil, destaqué la cita siguiente: “Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que, saliendo de las tinieblas, comienza a brillar a sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal, de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido.” (“En este país”, en *La Revista Española*, 30 de abril de 1833).

El rechazo del absolutismo fernandino se fue completando con una apuesta por la transformación social, asociada a una evolución de las costumbres que fuera más allá de los cambios políticos, y en un lamento por la lentitud de esa transformación. Así de claro se manifiesta Larra en su artículo “Jardines públicos”, publicado en *La Revista Española* el 20 de junio de 1834:

*Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter. ¡Qué tiene este de particular en un país en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos en que se creía que el hombre vivía para hacer penitencia! ¡Qué después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos a cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían en un día desgraciadamente, ni con un decreto, y más desgraciadamente aún, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres e identificada con ellas.*

A pesar de las frustraciones del presente y de la lentitud de un cambio que él espera con impaciencia, es posible detectar en Larra un optimismo antropológico, de raíz ilustrada. Como ha señalado un estudioso de su obra periodística, “un filón esencial del pensamiento de Larra es el que tiene como núcleo la idea del progreso histórico y de la perfectibilidad del hombre” (Pérez Vidal, 192). A veces se hace explícito ese optimismo de fondo, como cuando apuesta por el éxito de la transición política del absolutismo al liberalismo: “Cerca está el día (...) en que nos asombraremos de vernos todos de la otra parte del río que estamos en la actualidad pasando”, escribe Larra en el artículo titulado “La educación de entonces”, publicado en *La Revista Española* el 5 de enero de 1834.



### ***Con vergonzoso silencio o adulando a la ignorancia popular***

Está claro que Larra es un liberal frente al absolutismo; pero buscaríamos en vano en sus páginas un ideario compacto y coherente. Ahora bien, en sus textos hay un hervor de ideas y de observaciones, nacidas de su voluntad de denunciar los males del país para contribuir a su mejora. En esa tradición regeneracionista, *Figaro* es un punto de enlace entre los ilustrados dieciochescos y la generación del 98. En el artículo “¿Qué dice usted? Que es otra cosa” (*La Revista Española*, 10 de mayo de 1833) pone en boca de viajero una afirmación muy del autor: “Aquí creen que sólo ama a su patria aquel que con vergonzoso silencio o adulando a la ignorancia popular contribuye a la perpetuación del mal.”

Además, pueden espigarse en sus textos sorprendentes consideraciones que anticipan doctrinas que cristalizarán en el siglo XIX, como la que insiste en que las circunstancias materiales de vida determinan, en última instancia, la visión del mundo: “Nosotros, que creemos que el interés del hombre suele tener, por desgracia, alguna influencia en su modo de ver las cosas; nosotros, en fin, que no creemos en hipocresías de patriotismo, le excusamos en alguna manera, y juzgamos que *opinión* es, *moralmente*, sinónimo de *situación*”. Así escribe tempranamente Larra en “El casarse pronto y mal”, (*El Pobrecito Hablador*, 30 de noviembre de 1832). Cabe registrar también su posición crítica, inusual en su tiempo, con respecto a la pena de muerte, patente en “Un reo de muerte” (*Revista Mensajero*, 30 de marzo de 1835) y en “Los barateros” (*El Español*, 19 de abril de 1836).

Justo es reconocer, no obstante, que su actitud hacia los personajes de las clases subalternas que aparecen en sus artículos (criados, vendedores) suele ser paternalista, cuando no despectiva, alejada de la cordialidad con que Galdós las introducirá en sus obras medio siglo después. En general, Larra es más un demócrata de convicción que de talante. Pueden servir de ejemplo sus artículos “¿Entre qué gentes estamos?” (*El Observador*, 1 de noviembre de 1834), “Modos de vivir que no dan de vivir” (*Revista Mensajero*, 29 de junio 1835), o incluso su tardío “Yo y mi criado. Delirio filosófico” (*El Redactor General*, 26 de diciembre de 1836). Veamos un par de fragmentos del primero de ellos:

*Mi sastrero es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas o tres, más bien más que menos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, a veces por mi nombre, como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. (...)*

*¿Qué orgullo es el que impide a las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¿Qué trueque es éste de ideas y de costumbres?”*

La audacia y el tradicionalismo pueden convivir en pocas líneas. En su artículo “El duelo” (*Revista-Mensajero*, 27 de abril, 1835), Larra presenta un lúcido y demoledor alegato contra el duelo por cuestiones de honor. “¿Le dan a usted un bofetón? Todo el mundo le desprecia a usted, no al que le dio”, se extraña nuestro autor. Pero un poco más adelante incorpora comentarios que, entre el tópico y la revancha personal -la infantil Pepita, la esquiva Dolores- tienen un sabor misógino muy de su tiempo: “Los hombres de imaginación necesitan mujeres muy picantes o muy sensibles, y esta especie de mujeres deben de ser mejores para ajenas que para propias”; o: “He oído decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familia; también puede salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinión que la mujer que empieza mal, acaba peor.”

Volvamos al Larra innovador. Se encuentran por doquier, en sus escritos, comentarios incidentales que impugnan un mito, precisan un concepto o establecen una opinión audaz. En el citado “El casarse pronto y mal”, el narrador cuenta que su hermana se casa con un francés y sigue “en la famosa jornada de Vitoria la suerte del *tuerto Pepe Botellas*, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino...”; como vemos, el añadido recitifica, al paso, el tópico. En “Ventajas de las cosas a medio hacer” (*La Revista Española*, 26 de marzo de 1834) escribe: “Nuestra España, que Dios guarde (de sí misma sobre todo)...”; un mero paréntesis, pero que deja anunciada una parte de nuestra historia contemporánea. Sus observaciones sociológicas son a veces simplificadoras pero, en lo esencial, atinadas: “Si hay en España clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz; aquí no hay más que clase alta y clase baja...”, escribe en el ya mencionado artículo “Jardines públicos”.

Es también de notar su preocupación por el patrimonio artístico cuando se abrió la perspectiva de desamortización de los bienes detentados por el clero. En “Conventos españoles. Tesoros artísticos encerrados en ellos”, artículo enviado desde París y publicado el 3 de agosto de 1835, escribía: “En política (...) los principios nuevos no pueden prosperar sino a costa de los viejos. En las artes pudiera ser diferente; y si cuando un pueblo ha llegado a ocuparse seriamente en su porvenir político, olvida, desprecia, los intereses secundarios; si las artes no son nada para él, deben ser algo para un gobierno previsor, éste no debe ser indiferente a sus vicisitudes.”

A veces sus observaciones nos revelan una costumbre o un uso léxico en trance de evolución, como este enjundioso fragmento de “El casarse pronto y mal”: “Andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo [hoy en desuso: galán, amante] hubiesen a las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decir, a pretexto de inclinar a la virtud, enseñan desnudo el vicio”. Líneas más adelante, el narrador cuenta que el hijo de su hermana adopta las nuevas costumbres, entre ellas que *padre* y *madre* era cosa de brutos y que a *papá* y *mamá* se les debía tratar de *tú*... Es evidente que a Larra no le entusiasman ciertas

novedades léxicas, aunque, a la postre, termina adoptándolas: la mayor parte de las cartas que dirige a sus padres desde París en 1835 las encabeza con un “queridos papás”.

### ***Esgrimí la pluma contra las balas***

Así lo dice en “Un reo de muerte” (*Revista-Mensajero*, 30 de marzo de 1835): “esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome a una parte y otra, di la cara a dos enemigos: al faccioso de fuera, y al justo medio, a la parsimonia de dentro”. Como vemos en esta cita, en 1835 Larra ataca también a los moderados contemporizadores. Pero desde 1833 tenía muy claro aquello contra lo que estaba. Su hostilidad hacia los carlistas (“los facciosos”, en la terminología más empleada por los liberales de la época) es temprana, contundente, ingeniosa, implacable.

El 18 de octubre de 1833, sólo veinte días después de la muerte de Fernando VII y del consiguiente llamamiento de don Carlos al levantamiento de sus partidarios, Larra publica en *La Revista Española* un artículo titulado “Nadie pase sin hablar con el portero, o los viajeros en Vitoria”, que constituye una suerte de aguafuerte literario de estirpe goyesca. En él describe a una partida de codiciosos e ignorantes carlistas, en la que abundan los clérigos, que, so pretexto de cortar el paso a las ideas liberales, despojan a cuantos viajeros cruzan Álava procedentes de Francia. Cuando uno de éstos les explica que viene “a estudiar este hermoso país”, la réplica del jefe de la partida es sabrosa: “¿A estudiar, eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen a estudiar (...) ¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues... *Recherches sur...* al sur ¿eh? Este *Recherches* será algún autor de máximas; algún herejote. Vayan los libros a la lumbre...”. En otro pasaje, Larra da de nuevo la palabra a un carlista para que ilustre la soltura con la que ve el mundo al revés: “Ustedes van a la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Álava...”.

Poco después, el 10 de noviembre de 1833 y en la misma revista, publica un memorable artículo con apariencia de ensayo sobre botánica, que lleva por título “La planta nueva o el faccioso (artículo de Historia Natural)”. En él describe Larra al faccioso como un ser perteneciente al reino vegetal, y desliza una broma que contiene un atisbo de evolucionismo -recordemos, por cierto, que Darwin también nació en 1809- en los siguientes términos: “En cuanto a su figura y organización, el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y así como la mona es en éste el ser que más se parece al hombre, así el faccioso en aquel es la producción que más se parece a una persona...”. Sobre esta “planta perjudicial” comenta Larra, entre otras cosas, su ruralismo, su clericalismo, su aversión a las ideas ilustradas: “Es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de población”; “gústale sobre todo las tapias de los conventos”; “de todos los medios contra facciosos parécenos el mejor el de la pólvora, y más eficaz aún la aplicación de luces que los agostan...”.

Las referencias al carlismo seguirán presentes en sus escritos. En “Dios nos asista” (publicado en *El Español* el 3 de abril de 1836) concluye con el deseo de ver “levantarse en masa a la nación para ahogar de una vez y para siempre el monstruo que en el Norte nos devora, en vez de entretenerse en cuestiones secundarias y en rencillas personales”. No obstante, en uno de sus últimos artículos con referencias al tema, el que publica en *El Español* el 6 de mayo de 1836 para comentar el opúsculo de Espronceda titulado “El Ministerio de Mendizábal”, Larra introduce un matiz según el cual la inacción transformadora de los gobiernos liberales alimentaría al carlismo, y llega a afirmar que “la guerra misma de Navarra es, más que hija del fanatismo, un efecto de lo poco o nada que se ha tratado de interesar al pueblo en la causa de la libertad”.

### ***El árbol joven es la esperanza del jardinero***

Son interesantes las afirmaciones que nuestro autor hace, en particular en el último año de su vida, acerca de la escasa vigencia que conserva la Constitución de 1812. En el ya citado artículo “Dios nos asista” (*El Español*, 3 de abril de 1836) se pueden leer consideraciones como las siguientes (recordemos que el artículo 12 de la Constitución, a que hace referencia Larra, es el que enfatiza la catolicidad de la nación y proscribía cualquier atisbo de libertad religiosa):

*Vamos claros. La Constitución del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12; en el día da la maldita casualidad de que somos más liberales que entonces: si te he de hablar ingenuamente, a mí me parece poco.*

*Las circunstancias del año 12, la guerra que sosteníamos apoyados en el fanatismo popular, y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones, en el día no necesarias, ridículas.*

*En ellas hablan las Cortes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo: gran principio para una novena; (...) reflexión igualmente aplicable al capítulo II, artículo 12 (...)*

*Veneremos el viejo código, y venga no obstante otro nuevo más adecuado a la época.*

Podemos encontrar, en ese mismo artículo, una reivindicación del papel de la juventud:

*“¿Qué saben los jóvenes?” exclaman. Lo que ustedes nos han enseñado, les respondemos, más lo que en ustedes hemos escarmentado, más lo que seguimos aprendiendo. ¿Y qué eran ustedes el año 12? Nosotros fundaremos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones, en coronar la obra que em-*

*pezaron. Nosotros no rehusamos su mérito; no rebúsen ellos nuestra idoneidad, que el árbol joven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le da sombra.*

Y, sobre ese mismo tema de la juventud que, en un contexto de cambio generacional, no podía por menos de interesar al precoz y joven Larra, hallamos, al término del referido comentario del folleto de Espronceda (*El Español*, 6 de mayo de 1836), otra muestra de optimismo que anuncia el tono de los regeneracionistas y ginerianos de finales de siglo: “La juventud ha comprendido que no es en los cafés donde se forman los hombres que pueden renovar el país: es en el estudio, es con los libros abiertos sobre el bufete, con la vista clavada en el gran libro del mundo y de la experiencia, es con la pluma en la mano”.

### ***Me llaman por todas partes mordaz y satírico***

La compañía tenaz del humor en la obra de Larra es un rasgo del que hemos podido apreciar diversos destellos en los textos precedentes. “Me llaman por todas partes mordaz y satírico, todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que ó no dicen lo que piensan, ó piensan demasiado lo que dicen”, expone el autor en “Mi nombre y mis propósitos” (*La Revista Española*, 15 de enero de 1833), artículo en el que emplea por primera vez el heterónimo *Fígaro*. Y en uno de sus últimos artículos, titulado “Fígaro a los redactores de El Mundo”, publicado el 27 de diciembre de 1836, se presenta como “Devuelto a mis antiguos y saludables hábitos de reírme de todo, por no tener que llorar por todo”, frase muy parecida a una que Beaumarchais pone en boca de su *Fígaro* en *El Barbero de Sevilla*.

Si los postreros escritos de Larra contienen un humor más bien negro, ácido e impresionista, en la parte más temprana de su obra lo que abunda es una especie de guasa compartida con el lector. Acudamos, si queremos comprobarlo, a algunas escenas de “La fonda nueva” (*La Revista Española*, 23 de agosto de 1833); por ejemplo aquella en que la extensa familia se traslada a la comilona festiva en un atestado coche de alquiler. O leamos ese artículo-cuento-epístola de sabor volteriano titulado “Las circunstancias” (*La Revista Española*, 15 de diciembre de 1833), donde, con un fondo de divertido escepticismo, una trayectoria ideológica y personal aparece conformada por la casualidad y las vicisitudes históricas.

“En sus labios aquella sarcástica sonrisa que nunca pudo echar de sí”, así evocaba Mesonero Romanos (Madrid, 1803-1882) el cadáver de Larra, 42 años después de haberlo contemplado, en un artículo de *La Ilustración Española y Americana* publicado en 1879. La estela de la sonrisa, y hasta de la carcajada, de Larra perdurará. A su “cruel sonrisa” hará temerosa referencia Carolina Coronado, en un poema publicado en 1846. Y, en 1902, el poeta modernista Manuel Reina iniciará de esta suerte un soneto: *Gran crítico y romántico poeta, / Juvenal de existencia emponzoñada, / aún vibra tu estridente*

*carcajada / como la de Voltaire en el planeta.* Una comparación, esta última, que probablemente no habría disgustado a *Fígaro*.

En el capítulo IX de *Mendizábal*, episodio de la tercera serie de los *Episodios Nacionales*, Pérez Galdós ofrece otra observación en tal sentido. Allí, el protagonista, Fernando Calpena, es advertido en estos términos por una protectora: “No te entretengas más de una hora en el *Café Nuevo*, y mira con quién te juntas, y a qué tertulias te arrimas. Cuidadito con Larra, que tiene más talento que pesa; pero es mordaz y malicioso.”

Se ha hablado incluso de la coexistencia de dos Larras: uno pasional y vehemente, y otro cerebral y reflexivo... que se ríe del primero. Por su parte, José Bergamín, en su artículo de 1937, llegó a situar la ironía en el meollo mismo de la obra de *Fígaro*, haciéndose la siguiente pregunta: “El costumbrismo de Larra ¿no fue tan sólo el pretexto de su ironía?”. En todo caso, no parece que, para Larra, el humor o la ironía fueran meras formas de presentación de sus ideas sobre la realidad, sino elementos constitutivos de esas ideas.

No obstante, alguna vez nuestro hombre se permite también alguna concesión al sentimentalismo, como quien asume una derrota. En “Impresiones de viaje”, donde relata su salida de España (en abril de 1835) podemos leer: “Tendí por última vez la vista sobre la Extremadura española; mil recuerdos personales me asaltaron, una sonrisa de indignación y de desprecio quiso desplegar mis labios, pero sentí oprimirse mi corazón y una lágrima se asomó a mis ojos”.

### ***Tú, que donde quiera eres emigrado***

En mayo de 1836, Larra publicó un folleto titulado, con aroma de grabado goyesco, *Ni por esas*. En él, un supuesto interlocutor lo interpela en estos términos: “¡Ah!, amigo Fígaro; (...) tú, que viajando y para viajar naciste; tú, que tanto viajaste que fuera imposible averiguar tu domicilio; tú, que por tanto, donde quiera eres emigrado, con respecto al último punto que dejas; tú, de quien no se puede decir: ¿dónde para ahora Fígaro? sino ¿dónde emigra ahora Fígaro?”. Recordemos, de paso, que el término “exiliado” para referirse al emigrado político sólo se generalizó en lengua española, por influencia francesa, a raíz del gran éxodo republicano de 1939.

Cabe imaginar que el primer exilio que Larra vivió conscientemente fue el regreso a su país natal siendo un niño de nueve años que tenía que reconquistar la lengua castellana y que guardaba experiencias y sentía inquietudes bastante ajenas a las de los chicos de su edad. Puede que ahí se forjaran a la vez su gusto por las palabras y su acreditada ironía. También, quizá, su orgullo. “Si algún orgullo hay, pues, disculpable, es el que se funda en la aristocracia del talento” escribió en “Don Timoteo o el literato” (*La Revista Española*, 30 de julio de 1833); y él tenía clara conciencia de pertenecer a esa nueva aristocracia.

En el muy expresivo artículo titulado “La diligencia” (*Revista Mensajero*, 16 de abril 1835), Larra contrapone la inestabilidad espacial del liberal al estatismo del absolutista:

*Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra; el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre a pie firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene más inconveniente que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera o dentro de la concha. A propósito ¿la tiene ahora dentro o fuera?*

En “Dos liberales o lo que es entenderse (primer artículo)”, publicado en *El Observador* el 13 de noviembre 1834, el texto adopta, como en otras ocasiones, la forma de una carta supuestamente recibida por el propio Larra. En ella, un liberal de 1834 hace recuento de los exilios padecidos:

*Ésta es la primera vez que hemos venido los emigrados, sin venir ningún año particular. Nacimos el año 12, nos fuimos con el 14, volvimos con el 20 y escapamos con el 23. Ahora nos hemos venido sin fecha: como ratones arrojados de la despensa por el gato, hemos ido asomando el hocico poco a poco, los más atrevidos antes, los más desconfiados después, hasta que hemos visto que el campo es nuestro.*

*No comprendiendo nosotros mismos nuestra venida, a cada paso creemos ver de nuevo el gato.*

Mas cuando Larra accede a la vida pública, ha terminado ya, al menos por el momento, la era de los exilios de afrancesados y liberales. Él es una especie de exiliado interior. Hay algo, en su carácter y tal vez en su educación, que dificulta su adaptación al medio. “Es de los que no caben aquí” dice, por dos veces, en referencia a Larra un personaje galdosiano en el capítulo IV del Episodio Nacional *De Oñate a La Granja*.

José Bergamín publicó en el número XI de la muy notable revista *Hora de España* (Valencia, noviembre de 1937) un texto del que se han hecho ya un par de citas. Se titulaba “Larra, peregrino en su patria (1837-1937)”, y en él comentaba las “ideas peregrinas” de Larra en el doble sentido de la expresión: ideas que se desplazan de un lado a otro; ideas que son sorprendentes, extrañas.

Puede que el desarraigo de Larra fuera, a la postre, la difícil o inestable convivencia de una pluralidad de arraigos; por ejemplo, entre el mundo hispano y el ultrapirenaico, o entre la Ilustración neoclásica y el Romanticismo. A este respecto, si bien Larra suele ser considerado, a fuer de hombre de su tiempo, un romántico, hay estudiosos o co-

mentaristas de su obra que relativizan esa adscripción, indicando que fue, en no pocas vertientes de su estética y de su crítica, un continuador del espíritu ilustrado, sobre todo en cuanto éste tenía de defensor de la educación y de la razón frente a la ignorancia y el fanatismo. Sus formas y tonos vinculados a las corrientes románticas de su tiempo no impidieron que, desde una perspectiva laica y progresista, mantuviera distancias con respecto a las orientaciones más tradicionalistas del Romanticismo.

Por otra parte, hay varias muestras en su obra de que a Larra le molestaba el papantismo admirativo hacia lo extranjero; pero no es menos cierto que consideraba positiva la influencia civilizadora sobre todo de Francia y de Gran Bretaña, las dos grandes naciones liberales del momento. Así se aprecia en la nota necrológica, de cierto sabor autobiográfico, que publica en *El Español* el 16 de enero de 1836 en homenaje a su amigo José Negrete, en la que lo presenta en estos términos: “Español por carácter y por afición, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educación y de tolerancia que sólo se adquiere en los países adelantados...”. Y luego insiste en los matices: “Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante”.

## **“La creciente influencia de Larra sobre la nueva generación”: ecos literarios e ideológicos**

El impacto de la vida y la obra de Larra tras su muerte se inició con su propio entierro, para el que hubo resistencias clericales, por tratarse de un suicida, y en el que, según testimonios de los asistentes, fueron vistas muchas gentes pero pocos símbolos religiosos. Tras ser velado en la cripta de la iglesia de Santiago (próxima a su domicilio de la calle de santa Clara, 3, esquina a Amnistía), su cadáver fue conducido, el 15 de febrero, al cementerio del Norte o de Fuencarral, que había sido construido en época de José I; una placa en el cruce de las actuales calles de Fernández de los Ríos y Escosura recuerda la ubicación aproximada de aquel primer cementerio madrileño instalado fuera de un recinto eclesiástico y del núcleo urbano.

En el acto de aquel multitudinario entierro se dio a conocer, como es bien sabido, José Zorrilla, al leer la composición que empieza: *Ese vago clamor que rasga el viento / es la voz funeral de una campana; / vano remedo del postrer lamento / de un cadáver sombrío y macilento / que en sucio polvo dormirá mañana*. Apenas tres años después lo recordaría el propio Zorrilla con un mal gusto muy romántico: *Nací como una planta corrompida / al borde de la tumba de un malvado / y mi primer cantar fue a un suicida. / ¡Augurio fue, por Dios, bien desdichado!* Eso sí, 39 años después se arrepintió en sus memorias: “He aquí un insensato que insulta a un muerto a quien debe la vida; que intenta deshonar la memoria del muerto a quien debe el vivir honrado y aplaudido”.



Ya hemos visto que, en sus Episodios Nacionales, Galdós dio cabida, aunque episódicamente y en segundo plano, a la figura de Larra. Lo tenemos en la segunda serie, en el capítulo VI de *Los apostólicos* (publicado en 1879), donde es descrito inequívocamente, aunque sin mención de su nombre, en la tertulia del café del Príncipe, en una escena ambientada en 1828. Luego, en la tercera serie, escrita por Galdós dos décadas después, aparece en *Mendizábal* (donde es mencionado hasta en cinco ocasiones), en *De Oñate a La Granja* y en *La estafeta romántica*, que incluye un relato epistolar de sus exequias.

El regeneracionismo constituido en torno a la llamada generación del 98 esgrimió con decisión la figura y la obra de Larra. Éstas fueron objeto de un sonado homenaje el 13 de febrero de 1901, encabezado entre otros por José Martínez Ruiz, que poco después adoptaría el seudónimo de *Azorín*, y Pío Baroja. Acudieron, con frac, chistera y un ramo de violetas, al cementerio de san Nicolás, al sur de la puerta de Atocha (hoy calle de Canarias), adonde, en 1844, habían sido trasladados los restos de Larra al clausurarse el cementerio del Norte. Allí Martínez Ruiz leyó un texto, que él mismo recoge en su libro *La voluntad* (1902), con afirmaciones como la siguiente: “Maestro de la presente juventud es Mariano José de Larra. Sincero, impetuoso, apasionado, Larra trae antes que nadie al arte la impresión íntima de la vida, y con Larra antes que con nadie llega a la literatura el personalismo conmovedor y artístico. La lengua toda se renueva bajo su pluma...”.

Poco después, el 25 de mayo de 1902, los huesos de Larra fueron objeto de una nueva remoción, esta vez a una suerte de panteón de hombres ilustres del siglo XIX instalado en el recinto del cementerio de san Justo, en la ribera derecha del Manzanares; allí reposan desde entonces, junto a los restos de Rosales y Espronceda. En 1909, centenario de su nacimiento, el Ateneo de Madrid, al que Larra estuvo vinculado, organizó actos en los que poetas modernistas entonces en boga, como Eduardo Marquina, leyeron sus composiciones.

El primer centenario de la muerte de Larra, en 1937, tuvo lugar en la trágica circunstancia de la guerra civil, y, significativamente, el hecho sólo fue recordado con cierto énfasis en la España leal a la República. Una conmemoración que se albergó sobre todo, aunque no sólo, en las páginas de la ya mencionada revista *Hora de España*, editada a la sazón en Valencia. En su número XII, correspondiente a diciembre de 1937, Antonio Machado publicó una “Miscelánea apócrifa. Palabras de Juan de Mairena”, donde podemos leer:

*En 1837 se extingue en Italia la amarga y breve vida de Giacomo Leopardi; en el mismo año, y a los veintiocho de edad, se mata Figaro en Madrid, y es muerto en Rusia Alejandro Puchkin, que había nacido en 1799. Por tres caminos distintos –la dolencia congénita, el duelo y el suicidio– vino en un mismo año la muerte a llamar a la puerta de tres egregias juventudes. (...)*

*Larra deja una obra breve, pero acabada y perfecta, en su género. Un siglo llevamos imitando sus artículos de costumbres, sin llegar a igualarlos siquiera. (...)*

*Anécdotas aparte, Larra se mató porque no pudo encontrar la España que buscaba, y cuando hubo perdido toda esperanza de encontrarla. ¿Fue un error? Acaso, aunque perfectamente sincero y maduro.*

También publicaron, en ese tiempo, consideraciones sobre Larra, diversos escritores como Rosa Chacel, Antonio Espina y Paulino Massip—estos dos últimos, bastante próximos al periodismo—, además de Bergamín. Luis Cernuda escribió entonces su hermoso y amargo poema “A Larra, con unas violetas”, en una de cuyas ocho estrofas se refiere a España en estos términos: *Y nuestra gran madrastra, mírala hoy deshecha, / miserable y aún bella entre las tumbas grises / de los que como tú, nacidos en su estepa, / vieron mientras vivían morir la esperanza, / y gritaron entonces, sumidos por tinieblas, / a hermanos irrisorios que jamás escucharon.* En el arranque de la siguiente estrofa está situado el verso, ya referido: *Escribir en España no es llorar, es morir...*

No del todo silenciada pero tampoco muy celebrada en la posguerra, la figura de Larra fue objeto de un interés creciente a partir de los años sesenta. De entonces datan los sólidos estudios realizados por el historiador Carlos Seco Serrano, y un joven Francisco Umbral publicó su primera versión de *Larra. Anatomía de un dandy* en 1965. Dos años antes había visto la luz, fuera de España, un artículo del también joven Juan Goytisolo, titulado “La actualidad de Larra”, luego incluido en una recopilación publicada por la benemérita editorial Ruedo Ibérico, establecida en París. Goytisolo habla allí de “la creciente influencia de Larra sobre la nueva generación” y sitúa alguno de sus escritos (singularmente, el artículo “¿Quién es el público y dónde se le encuentra?”) en la trayectoria que conduce a los planteamientos de Jean Paul Sartre sobre el compromiso social, o a los distanciamientos irónicos y didácticos de Bertolt Brecht.

Ya en tiempos de recuperación democrática, Larra ha sido tema de composiciones poéticas por parte de autores consagrados como Vicente Aleixandre (1976), o de miembros de generaciones nuevas como Luis García Montero (1991). Más recientemente, su muerte ha sido relatada en *Flores de plomo*, de Juan Eduardo Zúñiga (1999). También el teatro se ha ocupado de él, por obra de Francisco Nieva, que, en marzo 1976, estrenó *Sombra y quimera de Larra. Representación alucinada de “No más mostrador”*; y de Antonio Buero Vallejo que, en septiembre 1977, estrenó *La detonación*, pieza bastante marcada por el ambiente de la Transición. En 2005, José Ortega puso en escena una dramatización de varios artículos de nuestro autor, titulada *Larra: las máscaras y las palabras*.

Quizá quepa recordar también que en Madrid subsiste un Cine-Teatro *Fíguro*, sito en calle del doctor Cortezo, entre las plazas de Benavente y de Tirso de Molina (antes

Progreso). Se trata de un buen ejemplo de arquitectura racionalista, construido bajo la dirección de Felipe López Delgado e inaugurado en 1932. Desde enero de 2008 se llama, por cierto, Teatro *Figaro-Adolfo Marsillach*: una asociación que, a mi parecer, no resulta discordante.

## **A modo de conclusión**

Larra empezó a construir su obra –un obra diversa y amplia, si tenemos en cuenta que no dispuso de más de nueve años para hacerla- en 1828, el mismo año en que moría Goya. Éste dio por cierto sus últimas pinceladas en la misma ciudad, Burdeos, en que Larra había aprendido las primeras letras. Pienso que no es un disparate afirmar que Larra es después de Goya –un después cronológico y, por así decir, jerárquico- el hombre que nos ha dado una imagen más lúcida de España en aquel tiempo de tormentosa transición del antiguo régimen al mundo contemporáneo. Ambos reflejaron críticamente las realidades de su entorno y se atrevieron, además, a imaginar uno distinto. Los dos mostraron cómo eran las personas de su tiempo y, a través de ellas, se acercaron a la condición humana en general. En suma, tanto Goya como Larra hicieron una contribución decisiva no sólo al arte o a la literatura sino también a ese diálogo entre el pasado y el presente en que consiste la historia.

Dicho esto, no creo que sea preciso, ni razonable, mitificar la figura de Larra, ni convertirlo en un arma arrojada contra el mundo circundante de entonces o de ahora: el consabido héroe lúcido y profético, rodeado de villanos mezquinos. Su obra, que es admirable, no está exenta de contradicciones, de altibajos; su propia trayectoria pública dista mucho de ser rectilínea (y además se interrumpe, seguramente, en un mal viraje). Ahora bien, es impresionante la fuerza y la intuición de futuro de una escritura que, no lo olvidemos, se corta antes de que el autor cumpla los 28 años; una precocidad en el genio que nos puede recordar a la de Miguel Hernández, de cuyo nacimiento se cumplirá el año que viene el primer centenario y que murió, encarcelado en 1942, con sólo tres años más que los que tenía Larra cuando se disparó un tiro frente a un espejo.

Finalmente, parece claro que, en la siempre joven, y a ratos paradójica, imagen que nos ha quedado de Larra, caben varios perfiles contradictorios del personaje. Es inevitable, y gravita con fuerza, el del que tan tempranamente se privó – y nos privó- de su propia existencia. Pero no conviene perder de vista al Larra cuya obra es un canto a la vida, a sus goces agrídulces y a sus posibilidades de transformación. Aquel que en su artículo “Las casas nuevas” (en *La Revista Española*, 13 de septiembre de 1833), cuando estaba a punto de morir Fernando VII, deslizaba esta frase: “Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir”.

## Bibliografía

- Abellán, José Luis. *Liberalismo y Romanticismo*. Tomo IV de la “Historia crítica del pensamiento español”, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, 283-296.
- Alborg, Juan Luis. *Historia de la literatura española*, Tomo IV, Madrid, Gredos, 1980.
- Benítez, Rubén (ed.): *Mariano José de Larra*. Madrid, Taurus, 1979.
- Bergamín, José. “Larra, peregrino en su patria”, en *De una España peregrina*. Madrid, Al-Borak, 1972, 11-31 [1937].
- Dérozier, Albert (ed.). *Revisión de Larra. ¿Protesta o revolución?* París, Belles Lettres y Universidad de Besançon, 1983.
- Escobar, José. *Los orígenes de la obra de Larra*. Madrid, Prensa Española, 1973.
- Fuentes, Juan Francisco. “Afrancesados y liberales”, en Canal, Jordi (ed.). *Exilios. Los éxodos políticos en la historia de España*. Siglos XV-XX. Madrid, Sílex, 2007, 137-166.
- Goytisoló, Juan. “La actualidad de Larra” en *El furgón de cola*. París, Ruedo Ibérico, 1967 [1963].
- Kirkpatrick, Susan. *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*. Madrid, Gredos, 1977.
- Martínez Ruiz, José “Azorín”. *Rivas y Larra. Razón social del Romanticismo en España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1979 [1916].
- Miranda de Larra, Jesús. *Larra. Biografía de un hombre desesperado*. Madrid, Aguilar, 2009.
- Pérez Vidal, Alejandro. “La obra periodística de Mariano José de Larra” en Carnero, Guillermo (coordinador). *Historia de la literatura española. Siglo XIX (I)* Madrid, Espasa Calpe, 1997, 183-206.
- Romero Tobar, Leonardo. *Dos liberales o lo que es entenderse*. Madrid, Mare Nostrum, 2007.
- Sánchez Estevan, Ismael. *Mariano José de Larra (Figaro). Ensayo biográfico*. Madrid, Hernando, 1934.
- Seco Serrano, Carlos. “Larra: el liberalismo idealista” en *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*. Madrid, Guadiana, 1973, 23-136.
- Sierra, Juan Carlos. *El Madrid de Larra*. Madrid, Sílex, 2006.

Umbral, Francisco. *Larra. Anatomía de un dandy*. Madrid, Visor, 1999 [1965].

Varela, José. *Larra y España*. Madrid, Espasa Calpe, 1983.

Algunas recopilaciones, presentadas y comentadas, de artículos de Larra:

- *Artículos*. Edición de Enrique Rubio. Madrid, Cátedra, 2004.
- *Artículos de costumbres*. Edición de Luis F. Díaz Larios. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1989.
- *Artículos varios*. Edición de Evaristo Correa Calderón. Madrid, Castalia, 1992.
- *Fíguro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*. Edición de Alejandro Pérez Vidal. Barcelona, Crítica, 1997.
- *Obras de Larra*. Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (tomos CXXVII-CXXX), 1960.

Un mayor avance en la edición de sus “obras desconocidas”, realizado por el hispanista estadounidense F. Courtney Tarr en los años treinta, quedó frustrado al perderse, al inicio de la guerra civil, el original de su obra, y por la muerte, poco después, de su autor; dos artículos suyos están recogidos en la recopilación de Rubén Benítez.

## **Nota Biográfica**

Feliciano Páez-Camino Arias es doctor en Historia contemporánea. Ejerce como catedrático de Geografía e Historia en un Instituto de Madrid, ha sido profesor asociado en varias universidades (Complutense, Carlos III y La Sorbona-París IV) y desarrolla frecuentes actividades para la formación del profesorado de Enseñanza Secundaria. Es autor de publicaciones que tratan, entre otros temas, sobre el mundo de entreguerras, sobre la política y la cultura en la España de los siglos XIX y XX, y acerca de la enseñanza y difusión de la Historia. En la UMER ha pronunciado, con anterioridad a ésta, conferencias sobre “El Madrid de la Segunda República” (cuaderno nº 38), “La Constitución republicana de 1931 y el sufragio femenino” (cuaderno nº 44) y “La guerra de la Independencia, entre la historia y el mito”.

# CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 1: "Hablar y Callar". Pedro Laín Entralgo
- Nº 2: "Historia de la Biología Molecular en España". Margarita Salas
- Nº 3: "Envejecimiento". Alberto Portera Sánchez
- Nº 4: "Los Mayores: cómo son". Enrique Miret Magdalena
- Nº 5: "Reflexión cristiana sobre la ancianidad". José María Díez Alegría
- Nº 6: "Los médicos y las humanidades: Maraión ante la Historia". Mariano Turiel de Castro
- Nº 7: "Guernica". José Veguillas Larios
- Nº 8: "Vicisitudes dramáticas de "El Abuelo". M<sup>a</sup> de los Ángeles Rodríguez
- Nº 9: "Curso monográfico: cuatricentenario de Velázquez". Carmen Díaz Margarit.  
Carmen Pérez de las Heras. Alberto Portera
- Nº 10: "Contenido mental, salud y destino". Víctor López García
- Nº 11: "Aula para Mayores, Universidad de Granada". Miguel Guirao
- Nº 12: "Los programas universitarios para personas mayores en España". Norberto Fdez. Muñoz
- Nº 13: "Rumanía: un país de raíces latinas". Inés P. Arnaiz Amigo
- S/N : Memoria de la "UMER", Universidad de Mayores Experiencia Recíproca, 1994-1999
- Nº 14 bis: "Historia y memoria de los niños de la guerra (en el siglo XX)". Alicia Alted Vigil
- Nº 15: "Aspectos Históricos y Literarios de la Gran Vía". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 16: "Las cooperativas y las personas mayores". Rafael Monge Simón
- Nº 17: "Los Mayores y la solidaridad". Padre Ángel García Ramírez
- Nº 18: "Mujeres españolas del siglo XX. María Zambrano". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 19: "Mujeres españolas del siglo XX. María Moliner". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 20: "Los fines de la educación". Aurora Ruiz González
- Nº 21: "1999: Año Internacional de los Mayores". Norberto Fernández Muñoz
- Nº 22: "Poesías". Felicitas de las Heras Redondo
- Nº 23: "Consentimiento informado". Manuel Taboada Taboada
- Nº 24: "Aproximación a Edgar Neville y su cine". M<sup>a</sup> de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 25: "Xavier Mina: un liberal español en la independencia de México". Manuel Ortuño Martínez
- Nº 26: "La verbena de la Paloma. La modernidad de su libreto". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 27: "Breve ronda de Madrid". María Aguado Garay
- Nº 28: "Una televisión "de" y "para" los mayores. ¿Otra utopía posible?". Agustín García Matilla
- Nº 29: "A mis 90 años: Por un optimismo razonable". Enrique Miret Magdalena
- Nº 30: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca "UMER" de 1999 a 2004"

## CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 31: "Larra entre líneas; los diarios ocultos". María Pilar García Pinacho
- Nº 32: "Recuerdo y desagravio a León Felipe". Mariano Turiel de Castro
- Nº 33: "El origen del hombre". María Almansa Bautista
- Nº 34: "Rosario Acuña: más allá de una estética feminista". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 35: "Cervantes, el Quijote y Madrid". Fidel Revilla
- Nº 36: "Contando cuentos...". Enrique de Antonio
- Nº 37: "Cómo mejorar el rendimiento mental con una nutrición adecuada". Víctor López García
- Nº 38: "El Madrid de la Segunda República". Feliciano Páez Camino
- Nº 39: "Posibilidades de futuro de la Biotecnología". Alfredo Liébana Collado
- Nº 40: "Mujeres: del voto femenino a *Nada*". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 41: "El Madrid de la posguerra". José Ángel García Ballesteros y Fidel Revilla González
- Nº 42: "Voces de gesta y su esteno en Madrid: Un antihéroe valleinclaniano en escena". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 43: "Novela y Guerra Civil". María Jesús Garrido Calvillo
- Nº 44: "La Constitución republicana de 1931 y el sufragio femenino". Feliciano Páez-Camino
- Nº 45: "Educación y Ciudadanía". Aurora Ruiz González
- Nº 46: "Miguel Mihura y el teatro de su tiempo". Julián Moreiro
- Nº 47: "Actitudes humanas, actitudes sociales". José María Huerta Paredes
- Nº 48: "España, de país de emigrantes a país de inmigrantes". Alicia Altred Vigil
- Nº 49: "Entre los bastidores de la historia del teatro". Juan Carlos Talavera Lapeña
- Nº 50: "No perdimos la esperanza (Recuerdos desde la U.M.E.R.)"
- Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla
- Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral
- Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M<sup>a</sup> Jesús García-Arévalo Calero
- Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach
- Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra". Feliciano Páez-Camino